

## LIBROS (1)

Las aves bajan volando sobre algunos santos (Asís).

Los animales corren hacia algunos personajes legendarios (Orfeo).

Las palomas se apegan a los ancianos en la Plaza de San Marcos, en Venecia.

Tomado de EISENSTEIN, Sergei. *Memorias inmorales*. Buenos Aires: Javier Vergara, 1987.

\* Sergei M. Eisenstein, cuyo arte surgió del torbellino de la Revolución rusa, tiene ya un lugar asegurado entre los pocos grandes pioneros de la cinematografía. Fue uno de los aventureros que procuraron moldear un medio mecánico de entretenimiento —el cine— para convertirlo en una forma dinámica, expresiva de una nueva sociedad, en esta época nuestra de investigación científica y de conflicto social sin precedentes.

En Eisenstein se unieron el genio de un artista y el fervor de un estudioso inspirado, y sus seis filmes terminados, aunque sólo representan una fracción de su actividad creativa, lo revelan como uno de los más importantes artistas del siglo XX.

Como director cinematográfico, la contribución de Eisenstein al desarrollo del cine es tan peculiar como la de otros directores como David Wark Griffith, Charles Chaplin, Robert Flaherty o René Clair. Pero Eisenstein no fue sólo un director cinematográfico. Fue un hombre de ciencia, que investigaba las raíces de la expresión artística. Esto le llevó a desarrollar un cuerpo de teorías relativas al proceso creador y a la estética del cine.

Sin embargo, y debido a que gran parte de su investigación y de su obra teórica está aún inédita, es difícil situar con precisión a Eisenstein en la perspectiva de la breve historia del medio expresivo que eligió. Cuando se reúna toda su obra inédita, es posible que la posteridad sitúe al Eisenstein científico y filósofo a la misma o a superior altura que al Eisenstein director de cine. En verdad, podrá ser reconocido ampliamente como un genio universal.

FILMOGRAFIA: *La huelga. El acorazado Potempkin. Octubre. Lo viejo y lo nuevo. Romance sentimental. Que viva México. Las praderas de Bezkin. Iván el terrible.*

Un león se apegó a Androcles.

Los libros se aferran a mí.

Bajan volando hacia mí, corren hacia mí, se me pegan. Los he amado durante tantos años: grandes y pequeños, gruesos y delgados, ediciones raras y libritos baratos, de sobrecubiertas chillonas o cuidadosamente envueltos en cuero sólido, como en blandos zapatos.

No deben ser muy pulcros, como trajes recién salidos de manos del sastre, ni fríos como pecheras almidonadas. Pero es claro que no tienen que estar en jirones grasientos. Un libro debe reposar en la mano como una herramienta bien armada.

Los he amado tanto, que al final comenzaron a amarme a su vez. Los libros estallan en mis manos como frutas maduras, y abren sus pétalos como flores mágicas, portadores de una línea de pensamiento fertilizante, una palabra estimulante, una cita confirmadora, una ilustración convincente.

Soy caprichoso en lo que se refiere a elegirlos. Y vienen hacia mí de buena gana. Soy presa de ellos en forma fatídica.

En una época se entendía que una sola habitación de mi casa estaría destinada a los libros. Pero paso a paso, cuarto tras cuarto, comenzaron a revestirse de libros. Y así, después de la biblioteca, el estudio resulta víctima de ellos; después del estudio, las paredes de mi dormitorio...

Una vez invitaron a G. K. Chesterton a leer un trabajo.

—¿De qué hablaré? —preguntó al llegar.

—De lo que quiera, hasta de paraguas.

Y Chesterton compuso una disertación sobre el cuadro en crecimiento del cabello que cubre las ideas, los sombreros que cubren el cabello y los paraguas que lo cubren todo...

A veces mis habitaciones parecen algo así.

De las células de la materia gris del cerebro fluyen corrientes a través del cráneo hacia las puertas de la biblioteca, y a través de ellas hacia el corazón mismo de los libros.

¡Pero no es verdad! Las bibliotecas no tienen puertas; tengo los libros en anaqueles abiertos, y en respuesta a una corriente de pensamiento se precipitan hacia mi cabeza.

A veces la avidez que irradia hacia ellos es más fuerte. En ocasiones es más fuerte la energía contagiosa que brota de sus lomos. Uno parece un nuevo San Sebastián, perforado por flechas de los anaquelles. Y el cráneo de uno ya no es una esferita huesuda, que contiene los fragmentos de reflexiones, como la mónada de Leibniz, sino que se presenta como las paredes exteriores de la habitación misma, y las capas de libros extendidas en la superficie de ellas son sólo estratos que se despliegan dentro de la cabeza.

Y a pesar de todo eso, los libros no son en modo alguno extraordinarios —más inesperados en su combinación que en su rareza bibliográfica, de anticuario o decorativa. ¡Y tal vez en la naturaleza no ortodoxa de la colección y en la ausencia total de lo que uno “debería” tener!

A menudo los valoro, no tanto por lo que son, por el complejo de ideas con que se encuentran revestidos para mí, sino como resultado de una página ocasionalmente accidental sumergida en la indiferencia de capítulos nada interesantes, de una sola línea perdida entre páginas ocupadas de problemas muy diferentes.

Y la tenacidad de esa aureola, de esa irradicación (¿o bruma?) que rodea a los culpables (y por la cual los valoro más que por las obras mismas), se materializa casi en forma de una red, sobre la cual uno resbala, temeroso de rozarla o desgarrarla, como delicados y temblorosos hilos de asociaciones. Y uno parece ser como los hombres sabios de Laputa.

A veces personas bien intencionadas y tibias me demuestran con diligencia que no se trata de una tela de araña, sino de una maraña de alambres de púas, que me apartan, con la sabiduría libresca, de la realidad viva.

Estos bien intencionados son tibios, y la sinceridad de sus afirmaciones es cierta sólo a medias.

Lo mismo que las objeciones capciosas relativas a la riqueza de las citas.

¡Citas! ¡Citas! ¡Citas!

Hace tiempo, el príncipe Kurbski, ese elegante autor de un tratado sobre la puntuación, aunque en todos los demás sentidos un traidor a su país, censuró al zar Iván el Terrible por las citas. Cito: “¡Cuántas palabras sagradas ha tomado y con qué frenesí y ferocidad, no sólo unas pocas líneas, no unos cuantos versos, como suelen hacer los estudiosos competentes (si uno debe escribir sobre algo, lo hace con

palabras breves, que contengan mucho significado), sino demasiadas, muchas más que una buena cantidad, excesiva y fatigosamente, libros enteros, parábolas y epístolas enteras!"

Pero hay citas y citas.

Una cita puede ser una tapadera para el incapaz de analizar, para ocultar su ignorancia o su autocomplacencia detrás de las palabras de una autoridad.

Las citas pueden ser una complicación carente de vida.

Yo entiendo las citas como acompañantes avanzados a derecha e izquierda del caballo que galopa entre las varas. A veces divergen, pero ayudan a acelerar la imaginación por medio de su carrera paralela, que ensancha y refuerza.

¡Siempre que uno no suelte las riendas!

¡Pero por Dios, no cuando una cita sigue a la otra como una procesión de carruajes de cuatro caballos!

## LIBROS (2)

Conozco una librería maravillosa que no visito con frecuencia. Quizá sea por eso que conserva su mágico atractivo.

Aunque vivo en Moscú, voy a visitarla en Leningrado. Se encuentra entre Peski, donde vivía antes, y la plaza Znamenski, donde recuerdo que corría un tranvía de vapor, de color amarillo intenso, con nubes de humo negro, dignas de un vapor del Mississippi. Iba desde la abadía Alejandro Nevski (la antigua Nevski), hasta la estación del ferrocarril, y vuelta.

En algún punto, a mitad de camino entre Peski y la plaza, uno dobla por una calle lateral serpenteante, de aspecto parisiense, que lo lleva a la clase de tienda de fachada típica del Londres antiguo (el tipo de escaparate que recuerdo de Berlín). Hay en ella valiosas litografías de Daumier, una asombrosa colección de grabados franceses de Epinale y muchos libros raros que hace tiempo que busco.

La tienda está cerrada muy a menudo. Pero siempre me permiten entrar. No necesito darme prisa e ir cuando abre por la mañana para no perderme un libro que vi en el escaparate la noche an-

terior. No sé por qué, tampoco surge el problema del dinero. No importa qué elija en la tienda, el dinero siempre me alcanza.

La primera habitación está revestida de libros del suelo al cielo raso.

La asombrosa autobiografía de Whitman. Rochefort, junto con la revista *L'Eclipse*. Una colección completa de *L'Assiette au beurre*.

La segunda sala tiene mostradores inclinados, cubiertos de vidrio. Allí hay unas maravillosas ediciones de Rabelais. Un grueso Ben Jonson. Me envuelven los libros. Me los pongo bajo el brazo; cosa extraña, sus bordes no me lastiman. No me pesan. Parecen ligeros.

No como Kuno Fisher, cuya historia de la filosofía tuve que acarrear en tranvía, en la década del treinta, desde la pequeña librería de Arbat hasta Chístie Prudi. Una pendencia. Había golpeado a alguien en el costado con ocho volúmenes.

—¡Ciudadano! ¡Saque su caja de aquí!—. Y mi respuesta amenazadora:

—¡No es una caja! ¡Es Hegel!

¡La magia de las palabras desconocidas! La militante lechera que estaba a punto de despedazarme se amedrentó de repente ante la palabra no familiar y desapareció entre el gentío.

Pero este paquete de libros comprados en mi tienda favorita desaparece de veras entre mis manos. Así como se disipa la severa fachada inglesa de la tienda, tal como se endereza la tortuosa calle lateral parisina, para convertirse en la Suvórovski Prospekt, desde la plaza Znamenski hasta Peski. Y después, recta como una flecha, al costado de la línea del ferrocarril, desde la estación Nikoláievski de Leningrado hasta la Nikoláievski de Moscú. Y luego las dos estaciones se convierten en estaciones Octubre.

¿A qué viene todo esto?

El gallo cantó tres veces su saludo matinal a Aurora, no el acoirazado que yo llevé Neva arriba (como en 1917) para la filmación de *Octubre* en 1917, ni *La Bella durmiente*, sino Aurora, la diosa del alba...

Y despierto.

Mi librería maravillosa es un sueño.

En ese sueño quedan olvidadas mi amargura por no tener suficiente dinero, y mis vacilaciones en cuanto a adquirir un libro; en

el sueño encuentro una *oeuvre* que pasé por alto, un libro que perdí (hace mucho, mucho tiempo), que algún otro compró primero.

Aquí, sonriéndole a uno en bienvenida desde los anaqueles, hay una serie fantásticamente completa de argumentos italianos traducidos al francés, en forma de una biblioteca del siglo XVIII. Como estudiante pobre, no pude permitirme el lujo de comprarla durante una correría del frente a Petrogrado en 1918, aunque ya desvariaba *ad nauseam* sobre Arlequines, Capitanes, Brigellas. Aquí también Bakstestá siempre a mi servicio, y siempre a un precio que excede mis posibilidades.

¡Y cuántas veces tuve aquí entre mis manos la colección completa de *Prisiones* de Piranesi, tres hojas de la cual se acurrucan, juntas, en mi casa!

Y aquí tengo entre mis manos las maravillosas hojas del antiguo Petersburgo, ante las cuales sólo puedo relamerme, ya que ni siquiera me atrevo a acercarme a la vitrina de la tienda de libros raros de Liteini.

*¡Splendeur et décadence de esas tiendas!*

Caoba y bronce. Alfombras verdes. Las esquinas de carpetas atesoradas. Sólo desde lejos. Sólo a través de la puerta. Con nervios, con envidia.

No tenía la experiencia ni el descaro de entrar a echar una mirada. De rechazar lo inútil. De pedir otra cosa. Y ni siquiera tomar ésa. E irme, por lo menos después de haber disfrutado.

Muchos años después, en París, Darius Milhaud y yo, totalmente envueltos en nuestros abrigos, fuimos a la Galería Rosemberg.

Una casa que sólo trabajaba con Picasso y Braque. Recorrimos con aires de críticos los salones de abajo, con lo cual atrajimos la atención de los elegantes vendedores. Mascullamos ante las telas, nos encogimos de hombros, no como burgueses refinados, sino como norteamericanos que calculasen el tamaño de un cuadro para un sector de pared, y nada más; pues no parecíamos millonarios capaces de levantar paredes o de construir una casa alrededor de unas pocas telas elegidas. (Como lo hizo Leonard Rosenthal en su residencia de París que daba al Parc Monceau, con ventanas que cerraban automáticamente en cuanto alguien se atrevía a tocar los postigos; allí había decorado una habitación con maderas raras y terciopelo, como un cofre de joyas. Una luz tenue iluminaba con suavidad los contornos de un Bodhissatva de madera realmente divino, traído de la lejana India, cuyos criaderos de ostras perlíferas eran la base de la

riqueza de Monsieur Rosenthal. O como Otto H. Kahn, quien construyó su comedor de la casa de Long Island como marco para sus seis Rommey, rítmicamente separados por los entrepaños de ventanas francesas).

Se nos pregunta con elegancia si querríamos ver algo más perfecto. Se nos conduce a los salones más pequeños del piso de arriba y, por último, a un saloncito donde vemos lienzo tras lienzo de todos los períodos de Picasso, exceptuados los más famosos, que están en los museos y en colecciones privadas.

Los compradores resultan difíciles de complacer. Eso sólo consigue que los vendedores se muestren más atentos. Pero muy pronto nos retiramos, nosotros, los "norteamericanos", dedicándoles apenas un saludo con un movimiento de cabeza, y diciéndonos que el Rembrandt y el Géricault que vimos el otro día combinaría mejor con los muebles del estudio... De ese modo recibo un curso práctico sobre Pablo Picasso a partir de sus originales. Darius enriquece mi educación llevándome a uno de los dentistas más destacados. Su sala de espera tiene una de las mejores colecciones de Cezanne.

Pero ahora estamos hablando de libros; los cuadros los dejaremos para otro apartado.